

JUDY BLUME

La casa  
de Iggie

Traducción de MONTSE TRIVIÑO



EDICIONES  
INVISIBLES

**W**innie se metió en la boca el segundo chicle. Arrugó el envoltorio con la mano y lo lanzó por encima del hombro. Se le escapó un largo suspiro desde alguna parte muy profunda de su interior. Apoyó los codos en el alféizar de la ventana y la cara en las manos. Pasarse horas arrodillada en la misma posición delante de la misma ventana no era fácil, menos aún durante una tórrida y bochornosa mañana de agosto. Pero no se había movido ni un centímetro. Solo cuando se le había quedado dormido el pie izquierdo y se había puesto a dar saltos para librarse de aquel desagradable hormigueo.

Le dolían las rodillas, así que extendió una mano hacia su cama revuelta —la misma cama en la que había dormido los últimos ocho de sus once años—, cogió la almohada y se la colocó debajo de las rodillas. Mascó el chicle lo más rápido y enérgicamente que pudo, porque así hacía más ruido. Winnie estaba siendo repugnante: eso era lo que pensaba su madre, que mascar chicle era repugnante. Y ser repugnante hacía que se sintiera menos triste aquella mañana. Un poco antes, había cerrado con fuerza la puerta de su habitación y había colgado el cartel que decía: ATENCIÓN – NO ENTRAR.

La llovizna había parado y Winnie notó en la mejilla una ligera brisa que le pareció agradable y refrescante. Pero ni si-

quiera la brisa consiguió aliviar la sensación de vacío. Y mirar calle abajo hacia la casa de Iggie tampoco ayudaba, aunque solo pudiera ver algunas partes de la casa, como el camino de entrada, la chimenea de piedra gris o un trocito de puerta roja. Suficiente para recordarle a Winnie que su mejor amiga del mundo entero se había marchado y ya no volvería. No había nada que ella pudiera hacer. ¡Aquella era, sin la menor duda, la semana más solitaria, triste y horrible de toda su vida!

Winnie oyó unos suaves golpecitos en la puerta de su habitación.

—¿Qué quieres, mamá? —preguntó, al tiempo que se apartaba de la ventana.

La puerta se abrió y apareció su madre, con una mano apoyada en la cadera.

—¡Winifred Bates Barringer!

Winnie se encogió. Su madre alzó aún más la voz.

—¡Mira qué habitación! ¡Esto es un desastre!

Winnie pensó para sus adentros que tenía razón, pero no dijo nada. Observó a su madre, que seguía de pie junto a la puerta como si fuera una estatua. Llevaba la ropa que se ponía para limpiar la casa: una falda vaquera vieja y una desteñida camisa a rayas con las mangas subidas. Tenía la cara tiznada de suciedad.

La señora Barringer no sonrió, pero suavizó un poco el tono.

—Winnie —dijo, mientras se acercaba un pañuelo a la nariz y estornudaba.

Siempre estornudaba mucho después de haber estado trabajando en el jardín o limpiando el sótano. La señora Barringer se sonó la nariz y prosiguió:

—Llevas toda la mañana encerrada en tu habitación y yo no te he dicho ni mu. Entiendo que estés triste porque Iggie se ha mudado, pero la verdad es que no esperaba que te pasaras una semana entera con esa cara tan mustia. ¡Es ridículo! Hoy no has comido nada en todo el día. A este paso, te vas a quedar en los huesos.

Winnie se volvió de nuevo hacia la ventana.

—No tengo hambre y mi habitación ya la ordenaré luego, ¿vale?

Su madre no respondió. Winnie intuyó que seguía allí plantada, a la espera de una explicación más convincente.

—Estoy ocupada, mamá. Estoy observando a los nuevos vecinos. Los camiones de la mudanza han llegado esta mañana muy temprano, pero aún no he visto a los nuevos vecinos por ningún lado.

—Lo que me sorprende es que veas ALGO con todo ese pelo sobre los ojos —le respondió su madre—. Pareces un perro, uno de esos pastores ingleses, que necesita un buen corte de pelo. ¿Por qué no te vistes y te peinas un poco, Winnie? Ya son las doce.

Winnie se apartó el pelo de la cara y contempló el camisón rosa que aún llevaba puesto. Mascó el chicle ruidosamente.

—¡Winifred! ¡Eso es REPUGNANTE!

Winnie sonrió.

—Es sin azúcar, mamá. ¡Nada de caries!

—Hablaba del ruido, no del chicle. —La señora Barringer se metió una mano en el bolsillo de la falda—. Toma, una carta de tu hermano. En cuanto termine de limpiar, bajaré a preparar la comida. Espero verte abajo dentro de diez minutos. Y por favor, Winnie, haz ALGO con ese pelo.

La señora Barringer giró sobre sus talones al estilo militar y salió de la habitación. Winnie abrió la carta de su hermano, pero era prácticamente imposible leer aquella enrevesada caligrafía, así que la volvió a guardar en el sobre.

Matthew volvería de los campamentos dentro de una semana y entonces se habría acabado de verdad el verano. Le parecía raro tener un hermano a punto de empezar el instituto. ¡Qué viejo! La mayoría de los amigos de Winnie no soportaban a sus hermanos ni a sus hermanas, pero a ella Matthew le caía bien. Al menos desde el año pasado, cuando había empezado a dirigirse a ella como si fuera una persona de verdad y no una cría. Que era más de lo que podía decir de sus padres la mayoría de las veces.

Pero la familia de Iggie... ah, eso era otra historia. En casa de Iggie nadie la trataba como si fuera una cría. Lo sabía porque ella había pasado allí mucho tiempo. Se había quedado a dormir casi todos los sábados durante los últimos dos años. Era otro mundo. La madre de Iggie siempre ponía velas en la mesa a la hora de cenar, porque decía que la noche del sábado

era la más especial de la semana. Y a ella y a Iggie les habían permitido probar un poquito de vino. Winnie había fingido que le gustaba, pero en realidad le había parecido un poco amargo. Después de cenar, se acomodaban en el salón y el padre de Iggie encendía la chimenea. Iggie y ella se sentaban en la mullida alfombra, delante de la chimenea, y se pasaban horas y horas hablando. A veces, la madre de Iggie les leía algo. Y otras veces, tenían invitados a cenar.

Los padres de Iggie conocían a personas de todo el mundo, porque viajaban mucho. Su padre siempre volaba a distintos países por trabajo. Winnie escuchaba atentamente todo lo que decían. Y, a veces, el padre de Iggie le preguntaba: «¿Tú qué piensas sobre el tema, Winnie?». ¡Increíble! Quería saber de verdad qué opinaba. Winnie no tardó en descubrir que no todo el mundo pensaba igual que los Barringer. Había otras muchas ideas por ahí. Y por otra parte a sus padres no les importaba demasiado que ella pasara tantas noches fuera de casa. ¡Claro que no, así podían irse tranquilamente al cine!

Winnie tenía la sensación de que su sitio estaba en casa de Iggie.